

Capítulo VI

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. LA SITUACIÓN INESTABLE DEL PAÍS A FINES DE 1835 E INICIOS DE 1836. EL GOBIERNO DE GAMARRA. INSURRECCIONES. GUERRILLAS Y PIRATAS. LAS FLOTAS EXTRANJERAS. LIMA INVADIDA DESDE LOS CASTILLOS DEL CALLAO POR ÓRDENES DE DEL SOLAR. ORBEGOSO ENTRA A LIMA. LOS CASTILLOS DEL CALLAO TOMADOS POR ASALTO. LA BATALLA DE SOCABAYA. SALAVERRY HECHO PRISIONERO. EJECUCIÓN. ESPERANZA DE TRANQUILIDAD PÚBLICA BAJO LA PROTECCIÓN DE SANTA CRUZ

TRAS HABER INTENTADO, en los capítulos anteriores, ofrecer una idea exacta de la situación general del Perú, y de las condiciones sociales de sus habitantes, ahora haremos un breve esbozo de la anarquía en la que cayó desde finales del año 1835 hasta los inicios de 1836.

Desde el año de 1810, cuando los animosos bonaerenses llevaron triunfalmente la primera bandera patriota al Alto Perú, los nativos del Bajo Perú, o lo que ahora se llama República peruana, tuvieron ante su mirada el camino de la libertad audazmente señalado. Pero en Lima, donde la influencia española y la lealtad estaban fuertemente concentradas, no fue sino hasta 1819, en que Lord Cochrane apareció con una escuadra libertadora en las costas del Perú, y las fuerzas chilenas y bonaerenses desembarcaron el año siguiente bajo el mando del general San Martín, que el espíritu nacional del pueblo peruano se manifestó en la jubilosa bienvenida y el apoyo efectivo a sus libertadores en ciernes y compañeros patriotas, lo cual causó desánimo en las juntas y confusión en las operaciones de sus orgullosos opresores. En efecto, se encendieron entonces todos los horrores de la guerra civil en este país, antaño opulento y pacífico; y estas luchas sanguinarias

no cesaron hasta que, ayudados por las tropas colombianas y la mente dirigente del gran libertador Bolívar, los peruanos pudieron sacudirse de las cadenas del despotismo que por más de tres siglos habían soportado humildemente, cuyas marcas llevarán por largo tiempo en su carácter nacional y doméstico, pues la batalla de Ayacucho, en que los patriotas lucharon y vencieron gloriosamente el día 9 de diciembre de 1824, y que dio fin a las grandes campañas libertadoras del Perú, aún no ha asegurado la prosperidad para este país trastornado. Sin embargo, los peruanos, luego de sacudirse la docilidad de la dominación y adoptar el nombre de hombres libres, tienen aún una labor más ardua: terminar su propia obra de regeneración, superar todas las dificultades internas y reconciliar todos los elementos discordantes que se originan entre ellos mismos. Asimismo, tienen que liberar a su comunidad de los ruidosos demagogos que envenenan la prensa pública y de los agitadores descontentos que, afectando el celo más puro por la colectividad, solo buscan satisfacer su propio interés propiciando un cambio —no importa de qué, en cuanto este sea para su propio beneficio—. En los momentos de agitación pública, cuando todas las clases sufren con más o menos gravedad las aplastantes contribuciones y las exacciones caprichosas, se muestra cuán lejos están aún de percatarse de las ventajas últimas que se proponían sacar de su gran, y hasta ahora exitosa, lucha revolucionaria.

La riqueza de los *hacendados* o propietarios de tierras se esfuma con cada agitación, se interrumpe la labor del *chacarero*, un agricultor menos acomodado, y su brazo queda paralizado por la indigencia y la violencia. Las tropas depredadoras así como los esbirros del gobierno capturan y arrean su ganado, dispersan a sus esclavos, oprimen o hacen huir a los trabajadores libres, destruyen sus cosechas y saquean sus graneros. Y si el expoliado paisano o el caballero rural son capaces de reunir sus fuerzas y repetir sus esfuerzos para recuperarse del golpe de la depredación de un año, al siguiente, la repetición de idéntica violencia o una agresión aún más destructiva lo condena a una desesperada mendicidad. Los mineros análogamente, aunque unidos en una corporación muy favorecida, están, en su mayor parte, desprovistos de capital real; sin embargo, en estas épocas, mal llamadas patrióticas, son presa de injustos recaudadores de tributos, que, al fijar la contribución

de un determinado minero en una cierta suma de moneda corriente que difícilmente puede pagar, se ocupan de recobrar el monto en plata *piña*. Entonces, el extorsionador afirma que la *piña* del minero, aunque verdaderamente excelente, está mal depurada, que es de “*mu-cha merma*” o señala que ha habido una gran pérdida de peso en la fusión; y con tal pretexto falso va otra vez donde el minero y lo obliga a cubrir la supuesta deficiencia. En realidad, se trata de un excedente por encima de las exigencias del Gobierno del que arrogantes coroneles y otros comisionados se apropian sin escrúpulos para sus propios propósitos despreciables. En tiempos de pequeñas revoluciones, dichos actos de violencia y villanía conllevan las peores consecuencias, pues no solo ocasionan grandes desgracias personales, sino que crean una desconfianza general en el Gobierno y sus rapaces agentes; pues, con frecuencia, esto provoca que los mineros dejen de enviar sus barras de plata a Lima, cuando bajo otras circunstancias estarían interesados en hacerlo. Dicha opresión propicia el comercio de contrabando, al cual, en efecto, las costas expuestas del país dan todas las facilidades imaginables. Asimismo, como consecuencia habitual de las frecuentes conmociones en esta República, el pequeño comerciante y el minorista fingien con frecuencia, con la conveniente excusa de los malos tiempos, una total incapacidad para pagar al mayorista extranjero en Lima que les proporciona ciertos artículos a crédito. Si una persona de esta índole llega una vez a la sierra con respetables existencias a mano, de seguro que desempeñará el papel de caballero que festeja y baila, etc. y cuesta cierto trabajo no solo hacer que rinda cuentas claras sino también buscarlo fuera del pueblo o aldea donde se ha radicado con el pretexto de hacer negocios. En suma, tan grande es el desorden del sistema social y político en el Perú, que, según lo que piensa un distinguido estadista peruano amigo nuestro,¹ durante mucho tiempo no podrá haber nada más que un gobierno militar. Además, afirma que aunque todo Estado pretende regularse mediante un gobierno moral, como su país tiene poca o ninguna moralidad, la bayoneta debe, inevitablemente,

1. Podría tratarse del político liberal Santiago Távora a quien Smith menciona más adelante como amigo suyo (N. de la T.).

conducirlo. Aquí no hay industria —señala—, solo un hombre de cada diez trabaja para ganarse el pan, y, dejando aparte la cuestión de los *empleados*, es decir, aquellos que ocupan puestos públicos en el Gobierno y que son sustentados a costa del Estado, no hay uno entre esos treinta maniqués que vagan diariamente por las calles que viva por medio de su propia industria. Asegura que si se le diera al indio, en cuyo brazo descansa la fuerza física del país, una idea de sus necesidades, si se le permitiera conocer las comodidades de la vida civilizada, en suma, si se ilustrara a la masa del pueblo de manera que pueda comprender, al menos, algo del carácter y los fines del Gobierno, no existirían revoluciones diarias. Pero, en la situación presente, el país no dispone de capital ni de industria ni de seguridad personal. Todo es inseguro, laxo y vulgar, desquiciado, desprotegido y desordenado. Los hombres buenos no albergan ninguna esperanza: los pocos individuos que tienen acceso a los gobernantes solo están guiados por motivos sumamente sórdidos. Y concluye señalando que la desgracia de este país herido es que nadie vea más allá de su interés personal, que nadie se adhiera al Gobierno con buenas intenciones, o con otra mira que no sea la del saqueo.

El indio de la sierra en particular (cuyo discernimiento y utilidad, nuestro patriótico amigo de buen grado mejoraría y fomentaría), habituado por largo tiempo a la servidumbre, y apenas enterado de las artes más rudimentarias de la vida, nunca ha alcanzado una idea exacta del grado de sus privaciones, o de la naturaleza de esos derechos políticos fundamentales que, con hábiles componendas y promesas, aunque él mismo sea demasiado ignorante para razonar sobre los méritos de la causa, se le anima a afirmar y a sostener con energía varonil durante algún tiempo. De este modo, el más manso y dócil de los hombres, mediante los vigorosos esfuerzos de parte de los pocos que concibieron y originaron el plan de su independencia, ha sido movido a despreciar a sus injustos gobernantes y entrenado para utilizar armas de fuego ante las que antes temblaba con solo mirarlas. El efecto de tal educación ha de generar desorden durante un tiempo. Aplicando una sencilla ilustración, ello quiere decir que el fuego que el agricultor enciende para destruir malezas nocivas y excesivas, no siempre puede ser controlado antes de que calcine la cañaveral o el maizal; lo mismo sucede con las pasiones violentas, pues una vez excitadas, aunque con un propósito

bueno y patriótico, no siempre se pueden aplacar a voluntad, o limitar de inmediato dentro del marco de un orden perfecto y una libertad racional. De esto, la historia reciente del Perú ofrece amplia evidencia, pues, desde el fin del azaroso gobierno del general Gamarra, rara vez ha habido un paréntesis temporal de paz en este país infortunado.² Aquellos que mejor conocieron las opiniones de este influyente personaje aseguran que, durante sus cuatro años de gobierno, sofocó aproximadamente unas catorce conspiraciones, más o menos maduras, contra su persona o mandato. Sin embargo, al término de su período presidencial legal, dignidad a la cual lo llevaron sus taimadas intrigas tras la ruina de su predecesor, el querido general La Mar, apenas hubo abandonado su alta investidura, en enero de 1834, se le vio alzar la bandera de la rebelión y apresurar la ruina del país autorizando la insurrección con su ejemplo. Aunque frustrada esta vergonzosa revuelta, el año siguiente se puso otra vez a la cabeza de una facción armada en abierta y sanguinaria rebelión. Pero, finalmente, después de la desastrosa batalla de Yanacocha, y la total dispersión de sus partidarios sobrevivientes, vino a Lima a refugiarse frente a la fuerza unida y victoriosa de sus enemigos legítimos, el presidente peruano Orbegoso y su aliado boliviano, Santa Cruz. Y aquí en la capital, mientras recibía las condolencias de sus apesadumbrados amigos y lamentaba la pérdida de su heroica esposa, la famosa Panchita,³ cuyo corazón en su gran

-
2. Gamarra entregó el gobierno a la Convención Nacional, la cual, parece, no estaba debidamente autorizada para designar al presidente. Si en todas las circunstancias, Gamarra hubiera actuado audaz y abiertamente; si, desde el comienzo, hubiera dicho que permanecería en el Gobierno hasta que se reuniera un Congreso, ante el cual rendiría cuentas de su proceder, habría actuado no solo legítimamente sino, como creen los buenos jueces y patriotas, sabiamente; ya que mediante tan oportuno ejercicio de coraje moral, habría salvado a su país de la anarquía. Pero al haber dejado el gobierno de forma voluntaria, y reconocido pública y solemnemente la autoridad de la Convención y la presidencia de Orbegoso, su conducta posterior de levantarse en armas con los insurgentes seguidores de Bermúdez, fue desafortunada. Por ello, desacreditó a su partido y arruinó al país.
 3. Esta dama poseía una vigorosa constitución y una mente audaz y enérgica. Era temida por sus enemigos, pero sinceramente querida por sus amigos. Como consecuencia de la rebelión de su esposo, y la desconfianza del gobierno que sucedía

adversidad una confidente amiga se lo entregó encerrado en vidrio, tuvo poco tiempo para llorar. Apenas había aliviado su profunda pena, fue arrestado con una ruda orden militar y, en compañía de varios de sus amigos o partidarios, una vez más fue expelido por el severo mandato del impetuoso general Salaverry, un jefe rival, menos taimado y desconfiado, pero más activo y osado que él mismo.

Y como si nada faltara para coronar las miserias acumuladas de un pueblo afligido y trastornado, su excelencia el provisional presidente de la República, don José Luis Orbegoso, en su mensaje a los peruanos, fechado en Tarma, el 4 de enero de 1835, y publicado en *El Redactor Peruano*, el 9 del mismo mes, afirmó y proclamó solemnemente: “Las mismas leyes que se dictaron con la recta intención de hacer feliz la Patria ha unido los elementos de su casi perdición. Ellas fueron la salvaguardia de los sediciosos, los muros de la rebelión. El Ejecutivo se ha visto por ellas en la dura necesidad de sentir el volcán a sus pies y no poder evitar su erupción. Sí, al frente del gobierno nacieron, se educaron y robustecieron las revoluciones”.⁴

Este reconocimiento, por parte de un presidente debidamente investido con poderes extraordinarios o dictatoriales, renuncia a cualquier idea racional de gobierno y, virtualmente, declara la incapacidad de la suprema autoridad para proteger la persona, la propiedad y los derechos del ciudadano y para mantener la necesaria subordinación de la sociedad. Este gobierno, que tan francamente declaraba su propia imbecilidad, nombró, quizá por falta de otros mejores, a hombres desleales o ineptos para ocupar cargos de mucha confianza y poder. De este modo, se encendió el curso de esa sanguinaria revolución que en el año de 1835 estalló como combustible inflamado y con las venenosas erupciones de un apabullante volcán, diseminando la consternación,

al de Gamarra, quien, si no fuera por su talento e influencia, no podría haber gobernado todo el tiempo que lo hizo; esta expresidenta, comúnmente llamada Panchita, fue desterrada a Chile, donde murió de un mal al corazón. En su lecho de muerte, ordenó que su corazón fuera enviado a Gamarra cuando falleciera.

4. Se trata del documento suscrito por el general Luis José Orbegoso (“Parte oficial. El Presidente provisorio de la república a los peruanos”, *El Redactor Peruano* 1836, t. 4, n.º 3: 1) (N. de la T.).

la indignación y la desolación en todos los ámbitos de su temible alcance. Pero, durante todo este tumultuoso periodo, la turba limeña, formada de castas mezcladas y muy variadas, ilustró con su ejemplo cuán lentamente una mentalidad ya constituida desecha hábitos profundamente arraigados, pues, tras un lapso de tantos años de disensión civil, mostraron que, en conjunto, todavía retenían los sentimientos de subordinación pública (infortunadamente no dirigida a responder por ningún gobierno sólido) a los que antaño estuvieron habituados bajo la dominación de los españoles. En este periodo, la capital se mantuvo sin ningún tipo de policía durante varios días. Y, aunque el gobierno y la guarnición la habían abandonado y se habían encerrado en las fortalezas y castillos del Callao, el populacho mostró un singular grado de contención y los casos de pillaje en las calles fueron sumamente escasos.

En esta coyuntura de peligro e incertidumbre, la propiedad de los extranjeros en la capital fue resguardada por marinos ingleses, franceses y estadounidenses de sus respectivas naves de guerra, pero durante los meses anteriores a estos días de pánico y desconcierto generales, la capital había sido teatro de diarias escaramuzas; los bandidos y la soldadesca se enzarzaban en una incesante aunque irregular competencia por el dominio dentro y fuera de las murallas. Una suerte de enfermedad nerviosa o susceptibilidad mórbida de la impresión afectaba a los habitantes, que se originaba en la sensación incontrolada de un peligro inminente.

E l'aspettar del male è mal peggiore
Forse, che non parrebbe il mal presente:
Pende, ad ogn' aura incerta di romore,
Ogni orecchia sospesa ed ogni mente;
E un confuso bisbiglio entro e di suore
Trascorre i campi, e la città dolente
(Tasso. *Gerusalemme Liberata*, canto 1, estrofa 82)⁵

-
5. “El esperar el daño es mayor daño/ Alguna vez, que el daño que es presente;/ Óyese aquí y allí rumor extraño,/ Perpleja cada oreja y cada mente;/ Confusa en el engaño o desengaño/ La gran ciudad, trabajo y pena siente/...”. (*La Jerusalén libertada. Poema heroico por Torcuato Tasso traducido en octavas castellanas por Juan Sedeño* 1829, t. 1: 29) (N. de la T.).

El ansioso habitante de la ciudad atribuía, con seguridad, una columna de polvo que se elevaba a la distancia o el humo de maleza en las fincas vecinas al fuego poco inofensivo de la mosquetería y las escaramuzas. Al aparecer tal signo, se daba aviso inmediatamente desde el alto campanario de La Merced o la arcada del puente frente a los balcones del palacio. Si veían a un juguetón joven negro a galope en su burro por los árboles de la antigua alameda o los suburbios de Malambo, entonces algún mercachifle o pregonero⁶ inmediatamente daba la alarma que era transmitida por la expresiva hermandad con la rapidez de un relámpago y, pronto, por todas partes de la ciudad, resonaba el clamor: “¡Ahí vienen el negro Escobar y los ladrones!”, a lo cual seguía el tumulto del *cierrapuertas* y luego el golpe crujiente y pesado de los sólidos portones y el chirrido de cadenas y cerrojos ya que se cerraban todas las calles y zonas de entrada y se levantaban barricadas. Durante estos momentos de enclaustramiento, suspenso y ansiedad, la multitud desarmada vaciaba por completo las calles, y el ruido del pavimento, que causaba el suave movimiento progresivo del trote de un caballo de alquiler era exagerado por la imaginación de manera que evocaba el estruendo y el galope de cien caballos. Producía el mismo efecto paralizador en la imaginación excitada de aquellos que estaban dentro (que para ver lo que pasaba fuera apenas se aventuraban a mirar por el ojo de la cerradura o a través de un quicio de las celosías de un balcón), cuyos temperamentos sensitivos, todavía dominados por una alarma reciente, nunca dejan de sentir temor ante el desagradable crujir de una carreta o del triste carruaje del panteón a la mañana siguiente de un desolador terremoto. En tales circunstancias de general consternación ocurrió la oportuna llegada de las tropas irregulares, la *montonera*, bajo el mando de un general patriota, Vidal. Dichas tropas libraron a Lima de las manos de una formidable pandilla de bandoleros dirigida por el famoso negro Escobar, que ya había iniciado su obra de saqueo y cuya sanguinaria inclinación, cuando era excitada por la bebida o el exceso, amenazaba con realizar las peores previsiones de los acongojados ciudadanos. En esta misma condición de furiosa

6. El mercachifle es un ambulante con licencia, y el pregonero, un voceador de noticias.

exultación y ebriedad, en pleno saqueo de una casa a la luz del día, fue sorprendido Escobar y en menos de una hora fue fusilado en la plaza, donde, apenas el día anterior, se había mostrado muy orgullosamente bajo los balcones del palacio arzobispal, montado en un magnífico alazán negro, que había tomado por la fuerza del establo mismo del prelado. Y como ya se dijo, en sus últimos momentos su único ruego inteligible fue recibir la absolución del arzobispo, cuya sagrada dignidad había insultado hacía tan poco. Probablemente, de todos los infelices peruanos que son llevados a morir al *banquillo*, ninguno deja de mostrar otra cosa que un misterioso respeto por la Iglesia, y hasta el más grande criminal entre ellos, quizá, jamás olvida totalmente a su santo protector. Cualquiera que haya sido el curso de sus vidas, su fe, sea bien o mal fundada, les da esperanza en la última hora y aquellos que presencian su trágico fin conceden que generalmente sufren la muerte del malvado con la compostura del mártir.

El día en que el general Vidal, con su organizada *montonera*, entró por invitación de la municipalidad o *cabildo*, para proteger a la aterrorizada ciudad, se pudo percibir el contraste que presentaban los negros cimarrones, formados en la plaza de la catedral, al lado de los hombres libres de Huamantanga y los indios pobres pero independientes de Yauyos, (quienes, de toda su tribu de aborígenes compatriotas, son los menos pasivos bajo la opresión política). En los negros que reían, el movimiento perpetuo de sus extremidades colgantes y largas, nunca quietas en la silla, mostraba una exuberancia y un dispendio acelerado de energía nerviosa; mientras que el indio de aspecto contemplativo y compacto, montado en su resistente jamelgo, apenas salido de los solitarios y escarpados páramos de las montañas, aunque rodeado de la novedad y la excitación de una gran ciudad en confusión, nunca perdía ni un momento la compostura ni la serenidad del semblante y comportamiento.⁷ Estas bandas serranas, junto con unos pocos valientes pero

7. Desde que los europeos entraron en contacto con la raza india, su autocontrol fue percibido como una de sus más llamativas características. Atahualpa se mantenía impávido en medio de los peligros, y Santa Cruz, descendiente de caciques, ha ilustrado señaladamente en nuestros días el mismo rasgo notable de carácter de la familia inca. Pues, en un momento, al encontrarse solo en el campo de batalla, y

indisciplinados voluntarios, inspiraron en las clases bajas de los limeños un entusiasmo pasajero (del que, en ocasiones extraordinarias, se han mostrado capaces más de una vez). Tal entusiasmo provocó que estos hombres corrieran a armarse simultáneamente cuando las campanas de todos los campanarios, tocando la solemne *llamada a fuego* o alarma de incendio, los convocaron a defender su amada Lima, la cual, antes amenazaba, ya estaba siendo atacada por una formidable incursión desde los castillos del Callao. Los asaltantes estaban dirigidos por el gobernador Del Solar, primo del presidente espurio Salaverry, cuya ilegítima causa, en vísperas de perderse para siempre, sostenía débilmente su pariente menos enérgico. Vale la pena recalcar que incluso en esta ocasión trascendental, el conmovedor 6 de enero de 1836, la juventud patricia (*los hijos de familia*, educados con la ternura extrema del engrheimiento, mas inclinados al amor y al placer que a las armas) no tuvo parte activa.

Hasta la última memorable concentración en la sanguinaria lucha de Socabaya, cerca de Arequipa, bajo el mando del limeño *lusus naturae* [capricho de la naturaleza], el general Felipe Santiago Salaverry, el renombre militar de los oficiales patriotas del Perú, se había estado hundiendo rápidamente en el desprecio absoluto. Desde lejos, la mayoría de sus animosas e inteligentes compatriotas censuraba a la fraternidad de chaqueteros y lamentaba que ellas mismas no hubieran nacido para portar armas con que pudieran redimir el honor caído de su país. Estos oficiales degenerados parecían complacerse en llamar la atención del público, de tiempo en tiempo, con sus viles *pronunciamientos* o la abierta abjuración de la honrosa adhesión colocada sobre ellos con justa autoridad. Tales jactanciosos vanos y desleales, cuyos logros más orgullosos eran renunciar a su deber, presionar a sus jefes y asolar su suelo nativo, se convirtieron en objeto de escarnio público,

a punto de ser atravesado por un lancero, exclamó con voz de mando: “¡Alza esa lanza y sígueme!”. De este modo, su presencia de ánimo le salvó la vida, pues el poder misterioso de una mente superior triunfó sobre el brazo hostil del soldado enfurecido, quien ahora, según nos han dicho, ocupa un lugar en la guardia personal de Santa Cruz.

y fueron despreciados incluso por las mujeres, por ser más aptos para manejar la rueda que la espada.

Pero Salaverry, un hombre de enorme, aunque mal dirigida, energía y de un espíritu desaforado, hizo que el cielo resonara con su grito de ¡guerra a muerte! Y tal completa ascendencia alcanzó sobre los ánimos de sus compatriotas con su casi insana impetuosidad y sus ejecuciones aterradoras,⁸ que no solo los llevó a un estado de sobreco-gimiento y sumisión, sino que, y esto es lo más notable, les infundió un ardor marcial cuando así lo quiso y los llevó a emular las hazañas de Zepita, Junín y Ayacucho. Durante el torvo reinado de la bandera negra y la continuación de la revolución de Salaverry, las mujeres limeñas, inquietas por los males acumulados bajo la opresión política, se abrieron paso entre las filas de los insurgentes. Encubiertas con sus misteriosos *mantos*, distribuyeron proclamas patrióticas, y susurraron en el exterior el suave y solemne murmullo de la opinión pública. Finalmente, el famoso 6 de enero de 1836, cuando el populacho se lanzó a las murallas y cada boca gritó en voz alta ¡ay, la boca del cañón! para confusión de los rapaces arribistas que luchaban por el dominio. Y aun las mujeres desempeñaron su papel; tal como desataron el torbellino, así se vieron llevadas por él, pues, sin exageración retórica, se las vio armadas y a caballo entre la multitud.

Dos días después de esta manifestación de sentimiento popular tan extraordinaria en Lima, el presidente provisional hizo su entrada en la ciudad en medio de regocijos ruidosos y sin parangón. Unas pocas semanas después de este acontecimiento, el valentísimo general Morán con un audaz ataque forzó la capitulación de los castillos del Callao, que estaban bajo el mando del insurgente Solar, y el 7 de febrero, el general Salaverry perdió la encarnizada batalla de Socabaya, también llamada Alto de la Luna, un nombre singularmente adecuado para la exaltación extrema y lunática que arrastró a su perdición a este vehemente hijo de la ambición. Escapó de la acción con muchos de sus

8. Solo tres semanas antes de realizar su revolución, había sofocado otra en los castillos del Callao, y había hecho fusilar a uno de cada cinco hombres involucrados en ella. Su propia traición, mientras fue exitosa, era llamada patriotismo, pero estaba destinado a sufrir el castigo de un rebelde.

oficiales, y el resto de sus exhaustas tropas, y, cuando, casi abordaban su embarcación en Islay, fueron tomados prisioneros por nuestro compatriota, el general Miller, en circunstancias que exigían, por parte de este oficial tan distinguido, el ejercicio de esa activa vigilancia, temple, intrepidez y compostura, por el que ha sido tan notable durante toda su honorable carrera militar.

El jueves 18 de febrero de 1835, el general Salaverry y ocho de sus principales oficiales fueron sentenciados a la pena de muerte por la corte marcial, y, en consecuencia, fueron públicamente fusilados en la plaza principal de Arequipa. Este hecho, aunque lamentado por unos pocos, fue motivo de regocijo para la mayoría, que ahora preveía la reorganización del estado político del Perú, bajo la protección del general Santa Cruz, el presidente de Bolivia.